

CONSIDERACIONES PSICOLOGICAS Y TEOLOGICAS SOBRE EL PECADO

por
Jorge Maldonado Rivera

TRABAJO DE INVESTIGACION

En cumplimiento parcial de los requisitos
para el Bachillerato en Teología

Seminario Bíblico Latinoamericano
San José, Costa Rica

31 de Agosto de 1966



A Noris,
con amor
inmenso.

CONTENIDO

INTRODUCCION

El tema del pecado con sus implicaciones de culpa, responsabilidad, castigo, perdón y salvación, es un tema esencialmente teológico, pero por producirse en el elemento humano, no deja de ser a su vez enteramente psicológico. Este tema ha sido tan bruscamente tratado en estos últimos tiempos que se ha desarrollado una especie de confusión a su alrededor y ha dado lugar en la mente del hombre contemporáneo al escepticismo, al abandono de las normas morales, a un concepto muchas veces enfermizo de estos valores religiosos y sobre todo a una falta de comprensión de la naturaleza humana y de la religión.

En muchos oídos religiosos, palabras como "psicología", "psiquiatría", "psicoterapia", etc., suenan como herejías, ya sea por ignorancia o por prejuicios. Por otro lado, en la mente del hombre que se jacta de moderno y contemporáneo, el concepto de pecado y salvación repercute como parte de una "jerga teológica" pasada de moda y sin valor para la actualidad.

Es cierto que hoy día hay mucha gente que acude al médico mental para aliviar cualquier enfermedad del alma, de la voluntad o de la imaginación. "Hoy es frecuente recurrir al psiquiatra para curar todas las ansiedades interiores; y este es uno de los muchos castigos que tiene que sufrir la humanidad por su falta de fe y de práctica religiosa".[1] Pero esto no significa que habrá que abandonar la disciplina psicológica en

---

[1] John La Farge, en Fe, Razón y Psiquiatría Moderna, editado por F. J. Bruceland, p. 8.

pos de una "religión pura", ni de desconocer los valores trascendentales de la teología en todas las relaciones y los problemas humanos. El escritor católico John La Farge comenta que es un hecho que en ciertos sectores, problemas específicamente de conciencia religiosa cuyo centro y solución es una fe vívida, se pretende arreglar atendiendo sólo una parte del hombre. De aquí que "es indispensable una investigación más precisa de algunas de las funciones de la psicología desde un punto de vista propia y verdaderamente espiritual".[1]

La existencia del pecado cae también dentro del campo de la filosofía, que lo da por sentado para explicar todos o una gran parte de los fenómenos de la naturaleza humana y también del mundo externo.[2] Este aspecto no atañe al presente trabajo.

En la contraportada del libro Pecado y Salvación de Leslie Newbigin se encuentran las siguientes palabras que representan una fotografía de lo que es la situación de una gran parte de la humanidad:

> "El hombre contemporáneo ha arrojado al montón de los trastos viejos el concepto de PECADO y su consecuente el de SALVACION. Ya no hay pecadores sino desajustados psicológicamente, que no necesitan salvación sino integración de la personalidad. Podría aducirse que es cuestión de términos y que la realidad no cambia porque la llamemos de distinta manera; pero lo grave es que va envuelta en ella toda una actitud a la vida: la relación del sentido de responsabilidad hacia Dios y hacia el prójimo. Si no hay pecado, tampoco hay culpables, ni castigo, ni necesidad de salvación. Ya no hay diferencia entre el bien y el mal, ni hay normas morales absolutas, sino la moral de las conveniencias y del oportunismo. El antiguo grito del alma desesperada: 'Qué haré para salvarme?' es reemplazado por la cínica pregunta: 'De qué salvación me habla?"[3]

---

[1] Ibid, p. 9.

[2] Charles Hodge, Systematic Theology, v. II, p. 130.

[3] Leslie Newbigin, Pecado y Salvación.

En este trabajo se hará un intento de esclarecer el concepto de pecado y su consecuente de perdón que es básico en la Teología Cristiana, desde una perspectiva psicológica, sin pasar por alto su apreciación bíblica, y de inquirir en sus valores e implicaciones en la vida de hombres y mujeres comunes que a más de constituir un complejo conjunto de fuerzas psíquicas y vitales, son también, a decir de los teólogos, "destinados a la vida sobrenatural"[1], "creados a la imagen de Dios con deseos ilimitados que los medios limitados de las cosas naturales o caducas no los pueden satisfacer".[2]

---

[1] Jean Daujat, La Gracia y Nosotros Cristianos, p. 130.

[2] Newbigin, op. cit., p. 14.

CAPITULO I

UNA CONSIDERACION TEOLOGICA

La necesidad de una consideración teológica al tocar un asunto como el pecado, se hace presente con insistencia en este trabajo, puesto que "pecado" es moneda perteneciente al campo teológico tanto en su terminología como en su significado y alcance.

Los términos que usa el Antiguo Testamento para designar el pecado están tomados generalmente de las relaciones humanas. Estos son: falta, iniquidad, rebelión, injusticia. El judaismo aporta el concepto de deuda. El Nuevo Testamento también usa los anteriores, especialmente el último añadiendo a éstos la noción de que el pecador es todo aquel que hace lo malo ante los ojos de Dios. En la teología más avanzada, la de San Pablo, la Biblia presenta el pecado en su fundamento como la expresión y exteriorización de la fuerza hostil a Dios y a su reinado. A veces lo presenta como un poder personificado que llega a confundirse con Satanás, "el dios de este siglo".[1]

Bajo esta forma de acercamiento, el pecado toma significado trascendente: es una ofensa a Dios, al mismo tiempo que la destrucción misma del hombre.

La Biblia habla de la trascendencia de Dios a quien no le llegan nuestras faltas en el sentido de dañar su ser o afectar su integridad. "Me provocan ellos a ira? dice Jehová; No obran mas bien ellos mismos su propia confusión?" (Jer. 7:19). "Si pecares, qué habrás logrado contra

---

[1] Xavier León-Dufour, Vocabulario de Teología Bíblica, pp. 586 ss.

él? Y si tus rebeliones se multiplicaren, qué le harás tú?" (Job 35:6). Si Dios pone leyes -enseña la Biblia- es para que el hombre sea feliz y viva (Dt. 6:24). La Escritura es clara en asegurar que el hombre no logra sino destruirse a sí mismo con el pecado.

Ahora, si el pecado no "hiere" a Dios en sí mismo, lo hiere en la medida en que afecta a los que Dios ama (por ejemplo, David y Urías), en que cava un abismo entre Dios y su pueblo (sentido de solidaridad), y en que manifiesta ingratitud e infidelidad. A este nivel, el pecado es la violación de relaciones personales. El punto de vista bíblico de la personalidad ha sido siempre marcado por su cualitativa distinción relacional. De aquí que el significado cristiano de personalidad es más compatible con aquellas psicologías de la personalidad que miran al hombre en un reino de relaciones interpersonales. El hombre no es en sí mismo una totalidad sino que se completa en su relación con otras personas. La persona es las dos cosas: "contenido en sí" y "abierto al mundo que le concierne". El es individualmente responsable, pero corporativamente envuelto en una solidaridad. Como dice Martin Buber en su obra I and Thou, "El espíritu no está en el yo pero entre el yo y el tú. No es como la sangre que circula nuestro cuerpo, sino como el aire que respiramos".[1]

Desde el punto de vista teológico, el pecado es un mal específico. Cada hombre en virtud de ser una criatura moral tiene en su propia conciencia el conocimiento del pecado. Este conocimiento es empírico. Es como experimentar el dolor, el placer, la vista y el oído en carne propia; es decir, un conocimiento de primera mano. El ser humano sabe que

---

[1] Citado por Wayne Oates, en The Religious Dimensions of Personality, p. 288.

cuando no es lo que debe ser, cuando hace lo que no debe hacer, u omite lo que debe hacer, está cometiendo pecado, a menos que haya sido orientado en una dirección de rebeldía con la religión circundante y contra su propia conciencia y en cuya orientación encuentra algún "sustituto" a este postulado. El hombre conoce que su pecado no es una limitación simplemente de su naturaleza; no solamente un estado subjetivo de su propia mente que no tiene sentido a los ojos de Dios; no solamente alguna insensatez o atentado al bienestar de otros. Sabe que el pecado tiene un carácter específico en sí mismo; que tiene que ver tanto con la culpabilidad humana como con lo divino, cuyo precepto ha transgredido.[1]

El profesor Donald Baillie trata de explicar con bastante penetración y no menos belleza y forma el estado y las consecuencias del pecado en el mundo con lo que él ha denominado un "mito":

> Dios ha llamado a sus criaturas humanas a formar una gran rueda para jugar su juego. En esa rueda todos debemos estar de pie, con nuestras manos unidas en amor, de cara a la luz que está en el centro, la cual es Dios; viendo a las demás criaturas, prójimos nuestros que forman la rueda, bajo la luz de ese amor central, que brilla sobre ellos y hermosea sus rostros; y uniéndonos con ellos en la danza del gran juego de Dios, el ritmo del amor universal. Pero en cambio, cada uno de nosotros hemos vuelto las espaldas a Dios y al círculo de nuestros prójimos para mirar en la dirección contraria, de modo que nos resulta imposible ver la luz central ni los rostros de la rueda. Y en esa posición hasta es difícil tomar a nuestros prójimos de la mano. Cada uno de nosotros quiere ser el centro y reina una confusión ciega, y ni siquiera poseemos un conocimiento genuino de Dios y de nuestros prójimos. Por supuesto que no es realmente feliz en semejante actitud y situación, puesto que ha sido creado para la comunión con Dios y con el hombre. Más aún, la luz de Dios que todavía brilla desde el centro que queda a nuestras espaldas arroja nuestra sombra en el suelo delante de nosotros y, con cada movimiento que hacemos la sombra se deforma en siluetas grotescas hasta que nuestro mundo parece extraño y perjudi-

---

1 Charles Hodge, Systematic Theology, v. II, p. 181.

> cial (en verdad es un mundo caído, un mundo arruinado). Sabemos obscura o claramente que no todo anda bien. Tal vez tratemos de hacernos felices insistiendo más furiosamente en esta danza, pero entonces la sombra danza todavía más grotesca y burlonamente y las cosas son peores que nunca. Porque, como lo han dicho a menudo algunos moralistas, la búsqueda de la felicidad lleva en sí el germen de su propia destrucción. Tal vez tratemos de enmendar las cosas haciéndonos buenos; pero otra vez fracasamos. Todo el proceso del intento de mejorar nuestros caracteres nos mantiene pensando en nosotros mismos. Es egocéntrico, y es del egocentrismo precisamente que necesitamos ser salvados, porque constituye la esencia del pecado".1

Por lo general, la Dogmática Cristiana está de acuerdo en definir "pecado" en términos de rebeldía contra Dios, orgullo, autosuficiencia, egocentrismo, desobediencia, deseo de llegar a ser Dios, etc.

La Teología Clásica toma la capacidad de elección y el poder de la voluntad como una base casi absoluta para las relaciones con Dios. Gran parte de doctrina de la salvación precisamente predica la Gracia de Dios que demanda una respuesta de fe y obediencia conscientes. Se toma la voluntad en su capacidad más alta, como si no estuviera afectada por situaciones contradictorias, por deficiencias fisiológicas y hasta por el mismo pecado. Es decir que la teología tiende a tomar en cuenta en su contextura al ideal de la voluntad. Si se pudiéra resumir lo anterior diciendo que el pecado consiste en actos y actitudes conscientes y deliberadas contra Dios y sus normas morales, qué de las enfermedades mentales y aún físicas que afectan las decisiones y la conducta? qué del equipo de características congénitas y adquiridas que determinan el libre albedrío? Estos asuntos se tocarán más adelante, pero se mencionan aquí para hacer notar las limitaciones de la dogmática.

---

1 Donald Baillie, Dios estaba en Cristo, pp. 190 ss.

CAPITULO II

UNA CONSIDERACION PSICOLOGICA

La Psicología es un acercamiento a la realidad desde un punto de vista humano y científico con mayor o menor probabilidad de comprobación de sus postulados y teorías. "Es la rama de la ciencia del yo o de la persona individual".[1]

Definiciones

Para esta disciplina el pecado estrictamente será "la perturbación de la personalidad por una actitud o acción inconsistente con las normas aceptadas. La perturbación de la unidad del ser es una indicación que el ideal y la conducta son incompatibles. La vergüenza y el sentimiento de culpa acompañan esta condición".[2]

"Pecado -nos dice el diccionario de Psicología- es la conducta que viola el código moral establecido. Se usa solamente cuando el código moral se concibe como ley de una divinidad o plan divino de vida, considerándose su violación como una ofensa a Dios".[3]

El Dictionary of Pastoral Psychology declara "El término pecado está reservado para actos conscientes y deliberados de una persona contra las normas aceptadas o costumbres (que envuelven sanción moral) de su sociedad y los ideales asociados con un Dios moral".[4]

---

[1] Diccionario de Psicología (F.C.E.), "Psicología".

[2] Karl R. Stolz, The Psycology or Religious Living, p. 192.

[3] Op. cit., (F.C.E.), "Pecado".

[4] Dictionary of Pastoral Psychology, "Original Sin"

Y en el mejor de los casos será la violación de las normas que han sido establecidas por un proceso de evolución cultural y que ha identificado tabúes, costumbres y códigos de conducta con la voluntad de Dios. Es decir, que de un modo u otro, llega a ser una especie de proyección de la inquietud humana y sus luchas morales.

Psicólogos de respeto como Freud y Jones aseguran que toda religión está fundada sobre la idea de pecado, es decir del sentimiento de culpabilidad de no poder dar cumplimiento a las normas prescritas. Sin esta idea -dice Jones- la religión pierde todo su significado -y continúa:

> La vida religiosa representa una dramatización sobre el plano cósmico de las emociones, temores y anhelos que surgen en la relación del niño con sus padres...Todo pecado puede ser expresado en términos de desobediencia al padre (rebelión contra él), o de profanación de la madre (y sus atributos o sustitutos). Ahora bien, estos son los dos componentes del complejo de Edipo primario en la niñez. La religión expresa en términos generales el "super yo" o ideal del yo del individuo y en consecuencia, las normas morales del padre que se adora, de quien se deriva en gran parte este ideal.[1]

Para Freud, la religión tiene su origen en la impotencia del hombre para enfrentarse con las fuerzas naturales exteriores y las fuerzas instintivas interiores. El proceso que el hombre desarrolla para poder hacerles frente, no procede de la razón sino que es también un proceso de "contra-efectos". A este proceso Freud le denominó "ilusión". A más de asegurar que la religión es una ilusión, afirmó que es un peligro principalmente por prohibir el pensamiento crítico y colocar la moralidad sobre una base muy endeble, pues ésta se mantiene o cae con la creencia en Dios.

---

[1] Ernest Jones, "Psicología de la Religión", en El Psicoanálisis de hoy, pp. 319 ss.

> Sin embargo -dice Erich Fromm- Freud sostiene que la meta del desarrollo humano es el logro de estos ideales: conocimiento (razón, verdad, logos), amor fraternal, reducción del sufrimiento, independencia y responsabilidad. Estos constituyen el núcleo ético de todas las grandes religiones en que se basan las culturas orientales y occidentales.[1]

Para Carl G. Jung la esencia de la experiencia religiosa es la sumisión a poderes superiores a nosotros. "Es la observación cuidadosa y escrupulosa...de lo 'numinoso', es decir, un efecto o existencia dinámicos, no causados por un acto arbitrario de la voluntad. Por lo contrario, se apodera del sujeto humano y lo dirige, convirtiéndolo más bien en su víctima que en su creador".[2] Jung interpreta el concepto del inconsciente como si fuera éste un concepto religioso. Según él, el inconsciente no puede ser meramente una parte de la mente del individuo sino una potencia más allá de nuestro dominio, que se inmiscuye en nuestras mentes.[3] Erich Fromm dice al respecto:

> Para Jung, la experiencia religiosa se caracteriza por una clase específica de experiencia emocional: la entrega a un poder más alto, ya se llame este poder Dios o inconsciente...En su relativismo respecto a la verdad, el concepto de Jung acerca de la religión contrasta con el budismo, el judaismo y el cristianismo.[4]

En resumen a lo anterior, desde el punto de vista estrictamente del psicoanálisis, la conciencia y el asunto de pecado es algo inmanente en el hombre, puesto que es un valor religioso. Y aún lo que Jung llama "el arquetipo de la Imagen de Dios"[5], imagen que tiene lugar primordialmente en el concepto de pecado, no deja de ser un fenómeno psíquico en

---

[1] Erich Fromm, Psicoanálisis y Religión, p. 32.

[2] Carl G. Jung, Psicología y Religión, p.

[3] Fromm, op. cit., p. 31.

[4] Ibid.

[5] Carl G. Jung, Simbología del Espíritu, p. 114.

lo que él designa como la relación entre la esencia Divina y el alma humana -que para él, como se mencionará más adelante- alma es un concepto muy extenso y vasto. Es decir que los valores religiosos, desde este punto de apreciación,o proceden del trasfondo del alma, o provienen de los complejos desarrollados en la infancia o de la proyección de los conflictos interiores.

El psicólogo cristiano Thomas Hughes ha intentado explicar el problema asegurando que "en último análisis, hay que considerar la proyección como una respuesta a un llamado desde fuera, emitido por una realidad que sabe atraerse la potencia ulterior del hombre, sea que esta realidad pertenezca a la naturaleza, o al mundo del espíritu".[1]

Hay tres aspectos de interés común tanto a la psicología como a la teología que pueden aportar bastante luz sobre una consideración psicológica del pecado: el asunto del pecado original, la cuestión de la enfermedad moral, y el concepto de culpa. Puesto que el pecado involucra responsabilidad íntegra (o parcial) del que lo comete, y surge de una rebeldía abierta y oposición deliberada a la voluntad de Dios, hasta dónde el hombre tiene dominio de su voluntad como para ser totalmente responsable? La teología considera al pecado original como un factor restrictivo de la libre acción del hombre. Tiene este concepto teológico algún valor psicológico? Por otro lado, la psicología plantea el problema de la enfermedad moral como un factor determinante en el cumplimiento de las normas prescritas. Además, ya que el pecado, según las definiciones, involucra culpabilidad, qué tiene esto que ver con la responsabilidad del pecador?

---

[1] Thomas Hughes, Psicología de la predicación y de la Obra Pastoral, p. 187.

El Pecado Original

El pecado original -a definición de la dogmática- no es un pecado cometido por cada uno de nosotros y del cual cada uno es responsable (sólo lo somos del libre consentimiento de sus efectos en nosotros), sino que es un pecado que afecta a nuestra naturaleza humana en su "origen", esto es, en su comienzo y en su fundamento.[1]

La historia de la caída del hombre está narrada en el libro de Génesis "y aunque no puede ser entendida como una estricta historia científica, es verdad en sus fundamentales principios psicológicos en lo que se refiere a la probable experiencia de la raza humana y la actual experiencia del pecador individual".[2] El pecado original halla su explicación bíblica en el pecado de Adán. Lo comete Adán , el hombre, en sentido individual y general, el representante de la raza. Lo comete tanto en su historia como en su repetición personal.

El pecado de Adán y Eva debe ser considerado desde dos ángulos legítimos: en primer lugar representa desobediencia; es un acto externo; acto consciente y deliberado de oposición a Dios violando uno de sus preceptos. En segundo lugar es un deseo de llegar a ser "como Dios", que es un acto interior, cediendo a la tentación de "ser como dioses conociendo el bien y el mal", es decir poniéndose en lugar de Dios, tomándose a sí mismos como medida, pretendiendo ser dueños únicos de su destino y disponer de sí mismos a sus antojos, negándose a depender del que los había creado, trastornando de esa manera la relación que unía al hombre

---

1 Daujat, op. cit., p. 129.

2 Stolz, op. cit., p. 190.

con Dios. Según Génesis capítulo 2, esta relación consistía en la dependencia y la amistad, siendo por lo tanto el origen del pecado la desconfianza. Ahora desconfía de Dios que ha llegado a ser su rival. "Desde entonces la noción de Dios ha quedado trastornada".[1]

El deseo del hombre de querer ser igual a Dios parte de su voluntad responsable. Dios hizo al hombre más completo dándole libertad, y por eso la responsabilidad constituye la esencia misma de su naturaleza. El pecado llega a ser así el abuso de ese don específicamente humano de la libertad y por lo tanto es la corrupción del centro mismo de la naturaleza humana que es la voluntad.[2]

Lo más cercano a una realidad más comprensible y natural de nuestros primeros padres es pensar que lejos de tener una existencia libre de cuidados en el jardín del Edén, su vida emergió de un estado de salvajismo caracterizado por un duro conflicto de fuerzas brutas en oposición. No hay garantías en el Genésis -dice Karl Stolz- para la suposición de que las primeras personas fueron creadas moralmente perfectas y que su acto de desobediencia les hundiera del más alto pináculo de virtud al más profundo abismo de desgracia. Adán y Eva están descritos como personas moralmente rudimentarias, viviendo una vida de las más simples relaciones, cuya característica sobresaliente era el don de la palabra y su única inocencia la que radicaba en su ignorancia. Cuando esta inocencia fue puesta a prueba falló voluntariamente. Ya que nuestros primeros padres vivieron antes de que hubiera una percepción de los valores mora-

---

[1] Leon Dufour, op. cit., pp. 586 ss.

[2] Newbigin, op. cit., pp. 191 ss.

les desarrollados, debemos adjudicarles la ignorancia antes que la virtud como su don. Sigue diciendo Stolz que:

> La conciencia de pecado emergió en un escenario relativamente avanzado de la evolución de la cultura. Cuando tabúes, costumbres y códigos de conducta fueron identificados con los mandamientos de Dios, la posibilidad de pecar apareció. Con el crecimiento de la habilidad de reflexionar, los efectos personales y sociales de la conducta fueron escudriñados, valorados y pronosticados, y la distinción entre el bien y el mal tomó forma en la mente del hombre.[1]

De aquí se sigue que la característica antisocial del pecado se fue reconociendo a medida que la iluminación religiosa iba creciendo. De este modo, el ideal moral tampoco es una herencia, sino que se desarrolla y se sanciona religiosamente (socialmente), fortificándose a través de la experiencia humana dentro del ambiente cultural.

En el curso del desarrollo social, las relaciones intrapersonales han alcanzado ciertas bases que claman por tratos más suaves y amables. Pero biológicamente, los impulsos elementales tienen una vía de persistencia a pesar de un medio ambiente "suavizador".[2]

El pecado original tiene algún elemento de validez psicológica. Este se manifiesta en la debilidad de los ingredientes de la personalidad que tienen una historia que trasciende la esfera de la responsabilidad de la conciencia. Las tendencias heredadas, por ejemplo, son el equipo con el que todo humano viene al mundo, y como tales, éstas son a-morales por el mismo hecho de ser heredadas. Funcionan generalmente para propósitos biológicos. Cuando hay conflicto con las normas de conducta se perturban y fácilmente se predisponen a pecar deliberadamente. Hay que

---

[1] Stolz, op. cit., pp. 191 ss.

[2] Ferm, op. cit., "Original Sin"

añadir a estas tendencias heredadas, el desorden provocado por el medio ambiente que influye tempranamente en la vida, que está más allá de la voluntad del individuo y que da como resultado el cuadro de un estorbo en la esfera moral del ajuste social.[1]

El Dictionary of Pastoral Psychology apunta lo siguiente bajo este tema:

> "Pecado original" es un término infeliz para designar las faltas elementales del hombre que vive como él puede vivir en un orden social donde las virtudes y el altruismo están en peligro de ser eliminados por el egoísmo. Pero hay esta verdad en el pecado original: que la larga historia del hombre no ha podido ser borrada a pesar de los ideales enfatizados en el desenvolvimiento de la sociedad. Tan grande como sea esta disparidad (por la que la persona individual no es responsable) hay más que un mito en la doctrina de que no nos volvemos tan fácilmente santos.[2]

Para Soren Kierkegaard, quien ha influido mucho en el pensamiento filosófico y teológico de la época contemporánea, el pecado original es un hecho, y un hecho culpable. Nosotros penetramos dentro de un contexto pecaminoso y a cada paso hacemos nacer el pecado de nuevo, puesto que hay en el pecado una combinación inescrutable de deseo consciente y de incapacidad de actuar de otra manera. El pecado es la categoría que separa al individuo y le coloca completamente solo, sin confundirle ni con Dios, ni con sus semejantes, ni con el mundo circundante. "Afirma Kierkegard que la matriz del pecado es el temor, y el hecho psicológico de que surge es la ansiedad. La desesperación que para él es practicamente lo mismo que el pecado, es una condición universal".[3]

---

[1] Ibid.

[2] Ibid.

[3] Hugh Mackintosh, Corrientes Teológicas Contemporáneas, pp. 214 ss.

La inclinación del hombre a desconfiar de su hacedor, y pretender ocupar un lugar para el cual no fue creado, es lo que Oates llama "la deificación de la personalidad humana" que es el rechazamiento de ser criatura finita, y la afirmación del hombre en su distancia de Dios. A este sentir Freud llamó en sus descripciones de neurosis: "un pueril sentimiento de omnipotencia".[1]

La teología de la revelación ha considerado generalmente el hecho del pecado original más que una mera limitación humana, o el deseo de ser infinito. El pecado original es la revuelta de la naturaleza contra la Gracia, es la reivindicación de independencia del hombre. Después de la caída, les quedaba a Adán y Eva, y al resto de la humanidad, una naturaleza humana que en vez de abrirse para la gracia se cierra en sí misma y se repliega sobre sí misma, buscándose siempre a sí misma. Esto es, una naturaleza humana desordenada y pecadora. "La naturaleza humana será desde entonces como un río que envenenado desde su fuente, queda envenenado en todo su recorrido".[2]

Las consecuencias del llamado pecado original son: en primer lugar, el hombre sintiéndose culpable no quiere tener nada que ver con Dios, "se esconde de Yahweh". En segundo lugar, se rompe la buena relación del plano horizontal: Adán se des-solidariza de su mujer acusándola. En esto comienza la separación del hombre con el hombre y aún con los más íntimos. Esta ruptura se extiende en lo sucesivo a toda y por toda la humanidad, pues es de esperarse que quien pretende construirse a sí

---

[1] Citado por Oates, op. cit., pp. 119 ss.

[2] Daujat, op. cit., p. 129.

mismo, independientemente de Dios, lo hará ordinariamente a expensas de otros.[1]

Enfermedad Moral

En algunos círculos, el pecado ha venido a convertirse en un simple mal moral y por tanto apenas merecedor de culpa o de castigo. El Reverendo Thomas Hughes, en su libro La Psicología de la Predicación y de la Obra Pastoral, presenta una buena diferenciación entre la enfermedad moral, el pecado habitual y el pecado deliberado.

Según Hughes, los dos primeros: enfermedad moral y pecado habitual podrían ser considerados como enfermedades morales, puesto que los dos brotan de fuerzas ajenas a la voluntad del hombre, con la diferencia de que la primera -o sea la enfermedad moral propiamente dicha- procede de los complejos del inconsciente que se forman temprano en la vida cuando todavía no se ha desarrollado el sentido de responsabilidad y por lo tanto no tienen culpa; por ejemplo, la cleptomanía. El segundo, o sea el pecado habitual que consiste en hábitos malsanos que superan la voluntad, es el resultado del pecado mismo, del uso indebido del poder volitivo cuando por actos repetidos de la voluntad se ha quitado el dominio de su lugar, por ejemplo, el alcoholismo o dipsomanía. Esta clase de pecados no pueden ser condenados o pasados por alto sin serias consecuencias de carácter moral. Dice Hughes que las circunstancias que rodearon a los que han caído en este pecado habitual, bien pueden haber sido enteramente desfavorables y hasta adversas, pero "creemos que Dios omnisciente podrá justificar los pro y los contra y reconocer cuanto pueda ser reconocido a su favor. Pero si hemos de afirmarnos en las realidades del

---

[1] Leon Dufour, op. cit., p. 589.

universo moral y en el sentido moral del hombre mismo, debemos considerarle responsable; y él mismo, en sus momentos más razonables se considerará así...pero no habrá que obscurecer, por otro lado, el perdón misericordioso de Dios".[1]

Pero hay también actos y actitudes de pecado deliberado y voluntario, incluyendo entre éstos los "pecados espirituales". Estos se originan en la voluntad del hombre y por lo tanto el hombre es responsable, y por suponer culpabilidad son castigables. Surge inevitablemente la pregunta: Hasta qué punto el hombre tiene control y dominio de su voluntad? Este punto se tocará luego al hablar de la culpabilidad.

Resumiendo: la enfermedad moral brota de fuerzas ajenas a la voluntad y sobre las cuales el hombre tiene escaso dominio, no puede ser considerada con culpa, no acarrea castigo; necesita sanidad. El pecado habitual merece tanto consideración como condenación; necesita poder para ser librado de su estado. Y el pecado deliberado, que implica culpa y merece condenación, necesita perdón y restauración.

Las líneas que separan estas diferencias en realidad no existen porque no hay un límite fijo que sea intransitable. "Es probable que nunca, o al menos rara vez (como lo sostiene Hadson y Dewar en Psychology and Morals, p. 48 ss.) nos topemos con pecado puro sin algún elemento de pecado original o de enfermedad moral, pero también existe algún elemento de pecado en todos los casos de enfermedades morales adquiridas".[2]

Cabe anotar que para San Pablo y los Reformadores, el pecado muestra dos aspectos que nuestro pensamiento es incapaz de combatir claramen

---

[1] Hughes, op. cit., pp. 181 ss.

[2] Ibid.

te: puesto que surge del pecado original, el pecado resulta inevitablemente presente en la vida individual, y sin embargo, también inevitablemente debemos considerarnos responsables y culpables.[1]

Es de notarse que en el Nuevo Testamento, la palabra griega que se traduce por "salvar", (soso) signifique tanto: defender, sanar y salvar; y su derivado (soter) signifique médico, héroe, emperador, salvador, y en la Septuaginta se aplique al mismo Jehová.[2] Así que el mensaje de salvación con su significado de perdón y restauración a lo que Dios quiso y quiere para el hombre, lleva en su contenido profundo y verdadero: sanidad, poder y perdón para el enfermo físico, mental o espiritual.

Culpa y Responsabilidad

Tiene algún legítimo lugar en la ciencia de la psicología la consideración de la culpa o es exclusivamente una cuestión moral limitada al campo de la filosofía especulativa o a la Teología?

Sigue siendo bastante común la noción de que la conducta del hombre procede de fuentes racionales y viene de su libre elección entre alternativas. Esto es parte de la influencia de la filosofía griega que ha penetrado al cristianismo. Desde este punto de vista, cualquier conducta que parezca extraña o inaceptable a la ética cultural o moralidad particular de la época era obviamente el resultado de una fuerza contraria a Dios o de Satanás mismo. Se sostiene todavía que la mente es sólo un ejecutor de lo racional y razonable, y que la conducta del hombre reside en

---

[1] Mackintosh, op. cit., p. 185.

[2] Juan Stam, Notas no publicadas: Soteriología.